

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 26 de Enero de 1880.

LA MARINA DE GUERRA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

VIII.

Con todos guerra
y paz con Inglaterra.

Tal fué el proverbio español, después de las grandes catástrofes de las tres poderosas escuadras que envió Felipe II contra aquella nación, debidas, no al valor del enemigo, si no al furor de los elementos.

La España comenzaba á recoger el fruto de una política desatentada. Tal vez cumplía en ello la ley impuesta á los grandes imperios. Quien todo lo quiere todo lo arriesga; ó vulgarizando el concepto: *quien mucho abarca poco aprieta*. Menos de dos centurias empleó el astro de su poderío en recorrer la órbita trazada á las grandezas humanas. Como ellas tuvo su oriente, su zénit y su ocaso. En Fernando I é Isabel la Católica, vémosle asomar por el horizonte americano; en Carlos I, alumbrando con inextinguible luz de uno á otro hemisferio; á la muerte de Felipe II, ese astro, tan hermoso, tan esplendente, que con su brillo fascinara al mundo, entraba en conjunción con el satélite que comenzaba á levantarse por la eclíptica de la fortuna de entre las brumas del Tamesis. Su nadir lo veremos después en el reinado del último vástago de la dinastía austriaca.

Felipe II bajó al sepulcro dejando á la España, con el recuerdo de sus victorias, el luto y el vacío; y una guerra abrumadora con los Países Bajos, que había de concluir con la pérdida de aquellos ricos dominios, después de haber costado á la nación la enorme suma de ciento setenta y nueve mil ochocientos millones. Esto hizo decir al duque de Lesma, que sin este espantoso gasto, hubiera podido empedrar las calles de Madrid con pesos duros. Sin embargo, no fué más economista el privado de su sucesor en el dispendio de las reales rentas para mantener gabelas y asalariados de su política en todas partes, lo cual fué causa de que en su tiempo se alterase el valor de la moneda, por la gran escasez de numerario. Ya en los de Felipe II hubo año (1598) que los gastos excedieron á los ingresos en más de ciento setenta y seis millones de reales; y la deuda que dejó á su muerte se hace subir á cuatrocientos ochenta y cuatro. Solo un génio y una política conservadora hubiera podido contener á la España en la fatal pendiente por donde la precipitaron locas ambiciones.

No era seguramente el hijo de Felipe II el llamado á tan grande empresa. Su padre murió con el sentimiento de que, ya que Dios le había hecho la gracia de darle tantos estados, no le hubiere concedido un heredero capaz de gobernarlos. ¡Desconsoladora verdad! Felipe III no heredó otra cosa de las dotes de su padre que la ambición de dominio. La piedad, la generosidad y la prudencia con que le distinguen algunos historiadores, se avienen muy mal con sus pretensiones de querer regir el mundo. Sus primeros bríos, á poco de haberse sentado en el trono, los dirigió contra la Inglaterra, enviando una flota de cincuenta buques, que no fué más feliz que las anteriores. No parece sino que los elementos hubiesen hecho pacto con los hijos de Albion para la defensa de sus costas. La nueva expedición, dispersada por una tempestad, volvió á tomar los puertos de España sin haber hecho nada de provecho. Felipe III, sin pararse á pensar en este primer tropezco que la suerte le puso en el camino de sus aventuras, dócil instrumento, por otra parte del capricho del duque de Lesma, su ministro y privado, lo cual dió motivo al de Osuna para llamarle satíricamente *el tambor mayor de la monarquía*, puso sus miras en Irlanda, mandando allá una segunda expedición, que para sus planes llegó demasiado tarde; después reclamó la Bohemia y la Hungría; pensó en la Valtelina y la Saboya; y hasta llegó á poner sus ojos en el trono de Inglaterra, fiando sus esperanzas para la muerte de Isabel. Sus embajadores llegaron á decir que un rey tan grande como el de España, no podía ligarse por los tratados, ni conocer otras leyes que su *moderación* y su *clemencia*.

No se atrevió á tanto la altanería de Felipe II. En cambio Enrique IV, que conocía por las turbulencias de su reino la política española, solía decir que los reyes de Francia y de España se hallan como colocados en los dos platillos de una balanza, siendo imposible que uno alce sin que baje el otro. Esto dió motivo para que el monarca francés se pusiera á la cabeza de los protestantes de Europa para hostilizar á Felipe III, y arrancarle la Lombardia y las provincias de los Países Bajos.

La Holanda y la Inglaterra, no menos interesadas en esta obra de ruina para España, aquella en pró de su independencia, esta por celos de poderío, lanzaron sus escuadras contra su eterna rival, que guardaba la suya en Gibraltar como reliquia de las que en otro tiempo llevaron el terror á todos los mares; y allí fué aniquilada por el holandés Heemskirk. Ni de un solo buque pudo disponerse por de pronto para hacer frente á los cuarenta navios que cru-

zaban delante de Cadiz. La historia acusa de imprevisión al almirante español D. Juan Alvarez de Avila, quien con su temerario arrojo comprometió la suerte de los veintinueve navios que llevaba á sus órdenes, pereciendo con ellos víctimas de su temeridad. En cambio al holandés tampoco le fué dado gozar de su victoria, pues sucumbió también entre los horrores del combate.

Funesto fué este golpe para nuestra marina de guerra, más grande el desaliento del Gobierno ante pérdida tan considerable de buques y marinos en los momentos en que más necesitaba de unos y de otros; pero no obstante, quedaban todavía un Oquendo, un Fajardo, un Fadrique de Toledo, y algunos otros denodados capitanes dispuestos á vengar con creces el desastre, siquiera tuviesen que suplir con su arrojo la falta de buques con que hacer frente al enemigo; y vemos á poco al primero de aquellos con dos navios entrar en lucha con tres ingleses, haciéndose dueño de uno; al segundo conquistando inmarcesible laurel en Salinas de Anaya con catorce buques contra diez y nueve holandeses, á los cuales rindió y quemó después, degollando á sus capitanes, y ahorcando al que se titulaba *príncipe de las Salinas*; y el tercero venciendo con sus ocho navios, en singular combate, á treinta y uno de la misma nación en el Estrecho de Gibraltar, lavando así el honor de nuestro pabellon en las mismas aguas donde antes había sido humillado.

Además de estos, tenemos á don Diego Brochero atacando con su escuadra, de regreso de América, á las combinadas de Inglaterra y Holanda que se hallaban en espera de ella, logrando, no solo salvar todos sus buques, y el valioso convoy que custodiaba, sino que aumentó su número con siete que apresó á los enemigos; á Diego de Santerce acometiendo con su navio á otro inglés, que hizo también prisionero; á don Manuel de Meneses embestir brioso á cuatro de la misma nación, y á D. Juan Fajardo con solo veinte á sesenta holandeses.

Esto era en Europa. Si volvemos la vista al Africa hemos de ver allí también rasgos de heroísmo que admirar. La guerra que se hacía á turcos y berberiscos, más que de conquista, era de necesidad; en ella entraba también por mucho la fé y el odio de raza; entre la Cruz y la media luna, entre el Evangelio y el Koran, se levanta un espíritu de antagonismo que no han sido bastante á extinguir ni la política, ni los tratados. Son dos razas que han nacido para vivir en perpetua lucha.

La España por su dilatada extensión de costa, y más todavía por su proximidad á la Mauritania, es la que

más hubo de sentir también los efectos de tal dualismo. Las piráticas correrías de turcos y berberiscos tenían casi siempre por objeto las costas españolas, para las cuales solían aprovechar, como más favorables á la impunidad, las ocasiones de guerra ó otras empresas que llamasen el empleo de nuestras fuerzas de mar.

Siguiendo pues en este sistema, no hay para que decir cuan holgada se la presentaba ahora la fortuna en nuestros empeños con la Inglaterra y con la Holanda, viniendo á constituir un cuidado más para la España, que le obligaba á fraccionar sus fuerzas, para acudir á tantas diferentes atenciones.

Pero si osados llegaban los hijos de Agar á nuestras costas, más valientes nuestros marineros, no solo los rechazaban de ellas, sino que iban á buscarlos á las suyas mismas, con fuerzas infinitamente inferiores.

Es así que á D. Francisco de Rivera le vimos destrozado con solo seis bajeles á cincuenta y cinco de turcos. Por lo que mira á la Berbería, centro, siempre en ebullición de la piratería, tenemos dos hechos notados á cabo por el ya citado D. Luis Fajardo, que por sí solos darian carta de celebridad al valiente capitán general de la Armada y Ejército del mar Océano, si no la gozara ya, y muy merecida, por otros diferentes que tenía conquistados en la carrera de los mares.

El primero fué en el año mil quinientos noventa y nueve. Partió don Luis de Cádiz el primero de Agosto con noventa y nueve buques, entre navios de guerra, galeras, embarcaciones de carga y otras menores, llevando nueve mil y quinientos hombres de desembarco, gran prevención de piezas y carretones de campaña, bombas de fuego para la mar, abrojos y otros artificios para la tierra. Con todo este aparato de fuerza se presentó delante de Larache al día siguiente. Formidable, fueron los obstáculos que á sus intentos presentaron el hombre y los elementos; los moros con sus aprestos de defensa; el viento y el mar en irritada combinación; pero resistiendo, y afrontando á todo, logró desembarcar el día cinco dos mil hombres al mando del maestro de campo D. Gerónimo Agustín y capitán Cristóbal Lechuga. Los capitanes de mar Bartolomé de Nodal y Jusepe de Mena, y D. Fermán de Lodosa, fueron los primeros que pisaron el pié en aquella tierra enemiga. La primera bandera que en ella entró la del capitán D. Carlos de Ibarra. Las galeras que mandaban el conde de Elda y el duque de Fernandina, barrieron con su artillería á la morisma, dispuesta á in-